

1

CRUCE DE HARBOR STREET CON 18TH AVENUE
CENTRO URBANO DE NEW BRUNSWICK, MASSACHUSETTS

Alarma. Uno-nueve-cuatro-siete. Respondiendo, un coche de la estación 499 provisto de bomba y escala giratoria.

O, dicho de otra manera, la cita del viernes por la noche de Anne Ashburn había llegado a tiempo y la iba a llevar a un buen espectáculo. De acuerdo, «a tiempo» era el momento preciso en el que se había sentado a comer algo en la comisaría con el resto del equipo, y el «espectáculo» consistía en un incendio en un almacén en el que tendrían que ser mucho más que un miembro del coro. Pero si debía juzgar la salud de una relación en función de la constancia, el propósito y el significado que aportaba a la vida, entonces la lucha contra los incendios era el mejor compañero al que una mujer como ella podía aspirar.

Cuando el Engine Co.17 dobló la esquina hacia Harbor con la sirena y las luces encendidas, Anne echó un vistazo a la zona de asientos del vehículo. Había cuatro detrás de la cabina, dos orientados hacia delante y dos hacia atrás, separados por un pasillo lleno de engranajes. Emilio *Amy* Chavez y Patrick *Duff* Duffy estaban a un lado; Daniel *Dannyboy* Maguire y ella estaban en otro. En la cabina, Deshaun *Doc* Lewis, el ingeniero, iba detrás del volante, y el capitán Christopher *Chip* Baker —el hombre que se hallaba al frente del equipo—, en la parte trasera.

A ella le correspondía el apodo de «Sister», algo que tocaba sufrir cuando eras la hermana del gran jefe de bomberos Thomas Ashburn hijo, e hija del íntegro —aunque luego resultara ser «no tan íntegro»— Thomas Ashburn padre.

Aunque no todo el mundo la llamaba así.

Se concentró en Danny, que miraba por la ventanilla abierta mientras el frío aire de noviembre le echaba el pelo negro hacia atrás, con los agotados ojos azules clavados en la nada. En los numerosos vaivenes del vehículo, sus rodillas se rozaban cada vez que

pasaban por encima de tapas de alcantarillas, baches o intersecciones de raíles.

«Vale, vale... —quería decirle ella al destino—. Ya sé que él está allí. No tienes que seguir recordándomelo».

Aquel puto cabrón era un montón de cosas, la mayoría de las cuales no podría decir delante de su abuela, pero Danny sabía que odiaba que la llamaran «Sister», por lo que para él era solo «Ashburn». También la había llamado Anne una vez, una noche hacía tres semanas.

Sí, en aquel momento habían estado desnudos. ¡Oh, Dios...! ¿Por fin lo habían hecho?

—Voy a ganarte —le dijo él sin mirarla—. En cuanto volvamos.

—No existe la más mínima posibilidad de que ocurra eso. —Odiaba que él supiera que lo había estado mirando fijamente—. Todos lo saben, Dannyboy.

—De acuerdo. —Se volvió a mirarla—. Entonces te dejaré ganar, ¿qué te parece?

La sonrisa que acompañó las palabras fue lenta, sabia y pícara. Y el temperamento de ella se encendió al momento.

—Y una mierda. —Anne se inclinó hacia delante—. No pienso jugar contigo si haces trampa.

—¿Incluso aunque salgas victoriosa?

—Eso no es ganar.

—Mmm... Bueno, tendrás que explicármelo bien cuando volvamos. Mientras, seguiré con la idea de darte una paliza.

Anne sacudió la cabeza y clavó la vista en la ventanilla abierta.

El primer golpe en la pierna lo atribuyó a una curva. El segundo, el tercero y el cuarto no, evidentemente.

Miró a Danny de nuevo.

—Para...

—¿Qué pasa?

—¿Es que todavía no has crecido? —Cuando él se puso a sonreír, Anne supo exactamente en qué estaba pensando—. Me refiero a mentalmente, idiota.

—Estoy seguro de que he crecido por algunas partes. —Bajó la voz—. ¿En qué estás pensando?

Entre las sirenas y las ventanillas abiertas, nadie más podía escucharlos, y Danny nunca bromeaba si podían correr el riesgo de que

los descubrieran. Pero, sí, Anne conocía ahora íntimamente su musculosa anatomía y sus tatuajes. Claro, que solo había sido una vez.

Por otra parte, para que algo resultara inolvidable solo hacía falta que ocurriera en una ocasión.

—Creo que estás loco —murmuró ella.

Entonces llegaron al escenario. El antiguo almacén era de principios del siglo XX, y se había convertido en una cáscara antigua e inútil; seis mil metros cuadrados de paneles de cristales rotos y vigas en estado de descomposición, donde el viento había hecho desaparecer los paneles del tejado. Las paredes exteriores eran de ladrillo, pero, dada la antigüedad del inmueble, los suelos y los tabiques interiores serían de madera. El incendio se había originado en la esquina noreste del segundo piso: desde allí salía un penacho de humo que inundaba el aire nocturno antes de ser arrastrado por el viento del sur.

Cuando sus botas tocaron el suelo, Anne se cerró la parte superior de la chaqueta. Se quitó la coleta que llevaba en lo alto de la cabeza y se reorganizó de otra forma el pelo, de forma que le quedara pegado a la nuca. El tono castaño todavía conservaba algunos mechones más rubios por efecto del sol del verano, pero tenía que cortárselo ya, así que esa luminosidad desaparecería bajo el filo de las tijeras.

Por supuesto, si fuera una mujer que se cuidara —como le gustaba decir a su madre—, matizaría el tono de su pelo durante los meses de invierno. Pero ¿quién demonios tenía tiempo para eso?

—Sister, tú y Amy seréis los encargados de limpiar el lugar de toxicómanos —ordenó el capitán Baker—. Mantenedlos alejados de ese rincón. Danny y Duff, ocupaos de las mangueras.

Mientras el capitán Baker seguía ladrando órdenes, ella se dio la vuelta. Ya tenía una misión y, hasta que la completara, no habría obstáculos insuperables ni cambios. Se le exigía que ejecutara esa orden en concreto, y ninguna otra.

—Ashburn, allí estarás a salvo.

Las palabras fueron dichas en voz baja, solo para sus oídos. Y cuando miró por encima del hombro, los ojos irlandeses de Danny no sonreían.

Un mal presentimiento hizo que se frotara la nuca.

—Sí, Maguire, y tú también.

—Pide tarta. Estaremos de vuelta antes de las diez.

Se alejaron a la vez en sentidos opuestos. Danny fue hacia las mangueras de la parte de atrás y ella se unió a Chavez. Le gustaba que la pusieran con Emilio. Tenía más de cuatro años de experiencia, la constitución recia de un todoterreno y el cerebro de un concursante de *Jeopardy!* Además, hacía todo lo que le ordenaban sin cuestionar nada. Una bendición, en serio.

Se acercaron al compartimiento que había en el exterior del vehículo, levantaron el panel protector de metal y sacaron las bombonas de aire. Después de cubrirse la cabeza con la capucha, Anne se la cerró con velcro, se abrochó la chaqueta y cargó la bombona de oxígeno a la espalda. A continuación, dejando que la máscara quedara colgando, se colocó el casco.

Avanzando junto a un lado del camión, abrieron otro compartimiento y ella se ató un hacha a la cadera, y se colgó también la radio y una linterna. Cuando Emilio estuvo listo a su vez, se pusieron los guantes y corrieron sobre la hierba llena de escarcha, saltando sobre un montón de escombros formado por desechos oxidados de automóviles, piezas de edificios variadas y basura. Las intermitentes luces rojas de los camiones formaban sombras voluminosas con aquellos movimientos sin gracia, pero el aire limpio que entraba y salía de su garganta era una de esas cosas que se aseguraba de disfrutar siempre. Pasaría un tiempo antes de poder respirarlo de nuevo.

Cuando llegaron a la puerta lateral, la cerradura estaba bloqueada, pero los paneles estaban tan sueltos como los dientes de un luchador de segunda.

—Yo me ocupo —dijo ella.

Se abalanzó sobre la puerta con todo su peso, tirando la frágil barrera con el hombro y abriéndola por completo. Cuando las astillas cayeron con estrépito, encendió el haz de luz del casco y echó un vistazo al interior. No vio lo que esperaba, algo que solía ocurrir, por lo general. Jamás se podía prever lo que se encontraría hasta que entraba, y esta vez, en lugar de con un espacio cavernoso, se habían topado con un pasillo. A ambos lados se abrían oficinas, estrechas y de techos bajos; el almacén había sido reutilizado para despacho de administrativos o, quizá, teleoperadores... Lo que fuera había sido una preocupación unos diez años atrás, pues ahora era un lugar inhabitable.

Emilio y ella tomaron direcciones opuestas y, a medida que avanzaban, Anne se encontró con equipos de oficina antiguos, de la época de *Ally McBeal*. Todo estaba roto, manchado de agua y cubierto de mierda, lo que explicaba que no hubiera sufrido ningún saqueo.

Allí no se veía fuego; no notaban calor, y el aire estaba limpio, sin humo. Por el contrario, el olor a podredumbre, orina y moho era tan denso que casi podía tocarse.

Hicieron un recorrido rápido por el laberíntico lugar mientras mantenían actualizada su posición a través de la radio según avanzaban y mientras iban oyendo ese tipo de cosas que se asimilan sin ser conscientes de haberlas escuchado bien.

—... cambio de viento. Sopla desde el noroeste.

—... acabo de lograr que se abra la ventilación del techo...

Lo primero lo registró con el fondo de su mente, pero no se preocupó por ello. El incendio era pequeño, el camión disponía de una buena fuente de agua para las mangueras y tenían acceso con la escalera. Además, el lugar era tan grande que Emilio y ella se hallaban a muchos metros del foco.

Anne se detuvo cuando llegaron a una escalera.

—Tú vete al segundo piso, yo sigo.

—Eso no está en el protocolo.

—No existe ninguna razón para que no nos separemos. El fuego está localizado, arriba eres más necesario.

—Pero eso no es...

—¿Estás insinuando que no me basto sola?

Emilio negó con la cabeza.

—Creo que iré arriba.

—Iré contigo en cuanto termine aquí. Solo queda mirar lo que hay al doblar esa esquina, eso es todo.

Mientras Emilio subía los estrechos escalones, ella continuó avanzando. Cuanto más se adelantaba, el olor a moho era más cargado, pero no le dio importancia: llevaba a la espalda oxígeno para subsistir treinta minutos, quince si se esforzaba, aunque no pensaba desperdiciarlo por un mal olor.

Más adelante, apareció algo por el pasillo; una figura que se movía en la oscuridad.

—¡Alto! —gritó, yendo detrás de la persona.

Anne echó a correr en zigzag para abalanzarse sobre el individuo. Sus pulmones respondieron, lo mismo que sus muslos, mientras el equipo rebotaba contra su cuerpo. La luz del casco iluminó de forma desigual a un fantasma vestido con harapos.

Terminaron en una habitación sin puertas ni ventanas, solo el umbral que ambos atravesaron. El vagabundo estaba tan lleno de barro como un chucho abandonado, y del pelo, que llevaba muy sucio, le salían disparados mechones mugrientos en todas direcciones. Lo que le preocupó fue su respiración laboriosa, y su palidez. Era evidente que se había metido algo y, también, que tenía neumonía.

Anne levantó las manos, cubiertas por los guantes.

—No soy policía. Solo quiero que salga para que no se vea dañado por...

—¡Te voy a matar! —jadeó el extraño—. ¡Te voy a matar!

La joven se alejó un poco, con la mano sobre el hacha.

—Me da igual qué estabas haciendo o por qué estás aquí. Hay fuego en la nave. ¿Sabes salir de aquí?

El hombre asintió.

—Entonces, vete, no te voy a detener.

—¡No quiero regresar a la cárcel!

—Me parece estupendo. Soy bombera, no poli. Pero tienes que salir de aquí, aunque solo sea porque la policía aparecerá en cualquier momento. Vete ya, o te arrestarán. Yo no me interpongo en tu camino.

Cuando el vagabundo pasó corriendo por su lado, ella se fijó en que llevaba un zapato y una bota. Si hubiera podido rescatarlo, Anne habría actuado de forma diferente, pero no se iba a matar tratando de convencer a una persona que precisaba rehabilitación y tratamiento de que necesitaba ayuda cuando podía haber alguien con problemas médicos mas graves dos puertas más abajo.

Tres minutos después, estaba en el otro extremo del edificio.

—Planta baja, despejada —comunicó por radio.

Cuando desanduvo el camino y llegó hasta la escalera, le llegó el olor a humo. El cambio de la dirección del viento hacía que el fuego se acercara a la fuente de combustible en lugar de alejarse de ella.

¡Bam!

El impacto frontal fue tan rápido y duro que salió disparada hacia atrás y aterrizó sobre la bombona de oxígeno cuando la gravedad la lanzó al suelo. Se quedó sin aire en los pulmones, perdió momentáneamente la visión y escuchó que otro vagabundo desaparecía corriendo.

Se dio la vuelta y se puso a cuatro patas para mirar la estela de lo que la había golpeado. Lo único que logró ver fue una forma oscura que desaparecía por la esquina.

—¡Cabrón!

Con un gemido, se incorporó y respiró hondo un par de veces. Le dolía la espalda, pero, salvo aquella visión de un zombi, estaba bien.

No tenía ninguna razón para correr tras él. Quien fuera había recibido una buena advertencia.

Giró sobre sí misma, lo que hizo que la luz iluminara una pared llena de grafitis, y luego fue hacia la escalera. Emilio debía de haber encontrado a esa persona en el segundo piso.

La explosión fue tan fuerte que sus oídos no tuvieron la capacidad de absorberla como un sonido. Solo sintió dolor mientras se cubría la cabeza y se agachaba de forma instintiva gracias al entrenamiento. Su primer pensamiento fue que allí había un laboratorio de metanfetamina. Habían tenido que enfrentarse a algo similar el mes anterior, cuando los productos químicos para fabricar droga habían hecho volar un dúplex.

Cogió la radio.

—Emilio, ¿todo bien? Emilio...

—Recibido —sonó en la conexión—. Estoy muy lejos, en la esquina sudoeste del segundo piso. ¿Qué ha sido eso?

«Gracias a Dios», pensó Anne. No quería perderlo.

En lo alto comenzó un crujido metálico. Pero no cesó. El derrumbe fue tan inesperado como veloz, y todo tipo de duros y pesados cascotes cayeron sobre ella en una avalancha. Solo Dios sabía qué estaba lloviendo sobre su cuerpo.

Luego hubo llamas por todas partes.

Aplastada bajo los escombros, apresada contra el suelo de cemento y sin la máscara de aire puesta, Anne solo tenía un pensamiento; durante toda su vida había estado decidida a seguir los pasos de su padre.

Ahora parecía que podía llegar a morir de la misma forma que él.

2

—¿Dónde coño estabas?

Danny Maguire lanzó una mirada por encima del hombro al capitán Baker mientras rodeaba el camión de bomberos en busca de un hacha.

—Sacando las mangueras, como me has ordenado.

—Entonces, ¿por qué Duff está trabajando solo, Maguire?

—Está con Doc, hemos tenido un problema con las bombas.

—¡Obedece las órdenes, joder! Doc ya tiene suficiente con ocuparse de su mierda.

El capitán Baker estaba de mal humor: era lo normal cuando se dejaba de fumar. Pero eso no justificaba que hablara así de nadie.

—¿Quieres un chicle de nicotina? —murmuró Danny por lo bajo.

—No. —El capitán se alejó, pero regresó de nuevo—. Sí.

Danny sacó un par de chicles del bolsillo trasero de los pantalones del uniforme.

—Tómate los dos, hazme caso. Tengo tres en la boca y apenas me quitan el mono.

—Quiero que vayas con Duff a...

Una fuerte explosión se apoderó del aire frío al tiempo que creaba unas oleadas que Danny pudo sentir en la cara. Por encima del casco rojo del capitán vio la explosión del segundo piso del almacén abandonado, y, con esta, una bocanada de cristales rotos, fuego y chispas, como si fuera la nariz de un dragón.

—Atención, todos —dijo Baker por la radio—. Numeraos.

Mientras todos los miembros de la cuadrilla comenzaron a gritar sus identificaciones, Danny se lanzó a por una bombona de aire, pero se detuvo en seco al oír una voz femenina.

—Doce-diez, caída. Base de la escalera norte. En la planta baja.

Lo atravesó un escalofrío, y solo fue capaz de ver un punto de luz al final de un túnel a pesar de que hacía un momento estaba bien. Pero eso era jodidamente complicado para él.

—Baker, mándame a mí —dijo mirando al capitán.

—No, Maguire. Acabo de llamar al 112 para pedir refuerzos, y quiero que estés controlando las mangueras. Eres el hombre más fuerte del que disponemos, y Duff tiene esa costilla jodida...

Bajó la cabeza hasta poner la cara a la altura de la de su superior, y tuvo que controlarse para no clavarle los colmillos en el cuello.

—Mándame a mí, joder.

Baker le dio un puñetazo en el pecho.

—Te he dicho que a las mangueras. Es una orden; no te pongas gallito conmigo.

Danny notó que lo invadía una furia ardiente, pero antes de que pudiera hacer ninguna gilipollez, lo apresaron por los brazos y lo obligaron a darse la vuelta. Patrick Duffy, alias Duff, le dio un tortazo sin mostrar ninguna emoción.

—Quieto. —Su compañero lo cogió por los hombros y lo sacudió—. Danny, mírame. No es necesario complicar las cosas más de lo que están. Y tampoco querrás que te vuelvan a suspender.

«Doce-diez» era el número de localización de Anne Ashburn, la única mujer que pertenecía al 499, y que hubiera dicho «caída» significaba que estaba atrapada por el fuego. En circunstancias normales, Danny le habría dado su brazo derecho si ella se lo hubiera pedido; el hecho de que necesitara ayuda y pudiera estar herida...

Duff volvió a tirarle de las solapas y luego se colgó de ellas para que Danny se viera obligado a inclinarse desde sus casi dos metros.

—Amy irá a por ella. Tú y yo nos vamos a ocupar de las mangueras. Tienes que controlarte —dijo su compañero en voz baja—. Esto no es lo mismo que lo que le pasó a Sol.

No, era peor. Fallarle a Anne convertiría la pérdida del sargento en un juego de niños.

Se quedaron cara a cara enfrentándose durante lo que le pareció una eternidad, aunque sabía que había sido solo un momento.

«Aceptación. Adaptación. Cambio de ruta».

—Vale —dijo Danny—. Muy bien.

Empujó a Duff como si sus ciento quince kilos no fueran más que unos gramos. Luego se cerró la chaqueta y se colgó la bombona de aire.

—¿Para qué necesitas eso? —preguntó Duff.

—El viento acaba de cambiar. No pienso acercarme con una manguera sin llevar un suministro de oxígeno encima. ¿Te parece bien o quieres que volvamos a tenerla?

No le dio a su compañero la oportunidad de responderle. Todo el mundo se apartó de su camino mientras se dirigía al lugar que le habían asignado.

En el Cuerpo de bomberos se seguían las órdenes como en una cadena de mando militar. O las acatabas sin rechistar o te echaban. Incluso aunque eso significara dejar a la mujer que había sido el único amor de tu vacía y desolada vida abandonada en un incendio con dos focos donde podía morir abrasada.

¡Feliz viernes noche, cabrones!

Atrapada debajo de los escombros y de las vigas de madera caídas, lo primero que hizo Anne después de avisar por la radio fue conseguir la suficiente libertad de movimientos como para poder asegurarse la máscara sobre la cara y poner en marcha el flujo de aire. Mientras respiraba el oxígeno, hizo una evaluación de daños corporales. Tenía el brazo izquierdo por encima de la cabeza, y una pierna doblada a la altura del tobillo pero estirada en la rodilla.

La luz del casco estaba apagada, y movió la mano derecha para sentirla. No pudo. La unidad se había apagado y no encontraba la linterna.

Oyó la voz del capitán Baker por la radio:

—¡Doce-diez, da señales de vida! Doce-diez, ¿qué está pasando?

Anne se obligó a hablar:

—Aquí hace calor —dijo en tono áspero mientras cogía aire.

«Quítate la ropa. —Oyó en su mente la voz de Danny—. Estoy muy... caliente... Quiero quitarme todo...».

Pensó también en la bronca que le iba a montar el capitán Baker cuando descubriera que se había separado de Emilio. Aunque si se hubieran quedado juntos, quizá él estaría muerto.

—Vamos a ir a por ti, Anne —dijo el capitán—. ¿Tienes lesiones?

—Negativo.

Giró la cabeza hacia la derecha, pero no pudo completar la acción porque su casco tropezó con algo... Tuvo un claro en el cristal de la visera de la máscara y vio un campo de llamas anaran-

jadas saliendo de la escalera y cruzando el techo. Era un movimiento burbujeante, como si cien ratas huyeran de la crecida de aguas en una alcantarilla y escaparan por el agujero que había en el techo, encima de ella, donde antes estaba una parte del suelo del piso de arriba, que ahora se había convertido en un campo de escombros que la tenía atrapada.

Empujó todo lo que tenía encima y salió de entre las cenizas como un personaje de *The Walking Dead*, una versión rígida y maltrecha de sí misma. Cuando se incorporó a la mitad de su altura, constató, aliviada, que las piernas eran completamente capaces de sostener su peso.

Esa fue la última buena noticia que recibió.

—Doce-diez, informe de la situación —oyó en la radio.

—Estoy bien. —Miró a su alrededor tratando de orientarse—.

Estoy en pie.

—Buena chica...

—No me llames «chica».

—Entendido. Vamos a por ti.

Hubo un repentino movimiento por encima de su cabeza cuando una de las viejas maderas gimió al verse obligada a soportar una carga inesperada. Levantó la vista. El fuego estaba más cerca, y podía sentir su calor. El humo comenzaba a llenarlo todo, llevando consigo una oleada de cenizas ardientes, que flotaron a su alrededor tan inocentes y hermosas como las luciérnagas de un prado en pleno verano.

Se dio cuenta de que estaba atrapada cuando intentó enderezarse por completo. El lado derecho de su cuerpo estaba bien, pero por el izquierdo solo podía moverse hasta donde le daba de sí el brazo.

Se echó atrás y tiró. No logró liberar la mano, engrosada con el guante: alguno de esos escombros la tenía atrapada y estaba convirtiendo su extremidad en un guñapo con suministro de sangre.

Las pulsantes oleadas naranja que flotaban sobre ella proporcionaban la suficiente iluminación para que viera el problema. Un escritorio. Una mesa que había caído a través del irregular agujero del techo y que, de alguna manera, había logrado unirse a una de las enormes vigas del techo. No..., a dos vigas.

Su mano se había quedado atrapada en medio de aquel juego de pulgares infernal.

Plantó la enguantada palma derecha en la viga de roble más cercana, apoyó en ella una de las botas con punta de acero y tiró con fuerza.

Nada.

Intentó poner la mano en otra posición, y luego probó con un ángulo alternativo. El problema era el guante, y sin poder librarse de él, estaba presa como si tuviera los antebrazos y las manos de Popeye.

Y durante ese tiempo, el fuego siguió extendiéndose, devorando la antigua moqueta inflamable de las escaleras, lamiendo las vigas que todavía quedaban en el techo, consumiendo el aglomerado barato que habían utilizado para las paredes interiores.

—Doce-diez, aguanta...

Hubo otro derrumbe que retumbó a su alrededor. Más chispas volando en el aire, y una porción de escombros de regalo.

Tiró más fuerte. Y más.

Dentro del guante algo brotó y fluyó. Rezó para que fuera sudor y no sangre, y por más que se dijo a sí misma que intentara dosificar el oxígeno, sus pulmones comenzaron a llenarse y a vaciarse como si estuviera corriendo una carrera. Sus pensamientos, su conciencia, comenzaron a fragmentarse.

—¿Estáis cerca? —dijo por la radio fingiendo tranquilidad—. ¿Estáis...? —Mientras decía aquello, hubo un tercer derrumbe que hizo que cayera la viga de madera que ardía a medio metro de su máscara.

—¡Doce-diez! —gritó el capitán a través de la radio—. ¡Informe de su situación, doce-diez!

3

ESTACIÓN DE BOMBEROS 617 DE NEW BRUNSWICK
CRUCE DE MCGINNEY STREET CON BENEDICT AVENUE

El jefe de bomberos Thomas Ashburn miró por encima de su desordenado escritorio a los dos genios que tenía delante. El número uno, a la izquierda, era un bombero italiano de tercera generación, un hombre con la constitución de un luchador profesional que no parpadeaba ante la muerte y que, salvo por un problema intermitente de consumo de alcohol fuera de servicio, no tenía ni una mancha en su historial.

Ojalá tuviera a una docena de Chuck Parnesi en sus unidades: así no tendría el pelo prematuramente canoso y no se habría divorciado. Bueno, vale, seguramente su matrimonio se habría roto igualmente, pero no tendría el cabello casi blanco.

El problema era el genio número dos, Damian Reichmann, con el pelo castaño claro de punta, que era un macarra andante, el típico pájaro que no seguía las normas, un hombre capaz de reducir incluso a un tipo relativamente dominante como Chuckie P. a balbucir como un niño de doce años en su primera acampada. Damian era de esos cabrones que medían los valores positivos de su vida por el número de personas a las que había logrado cabrear. Su apodo, «Maldito». Porque casi cada vez que se hablaba con él comenzaba la respuesta con un «Maldita sea, ¿por qué...?».

—Soy demasiado viejo para estas mierdas. —Tom miró a Damian—. Dime, ¿de qué cojones vas?

La sonrisa de Maldito fue similar a la que esbozaría un niño ante un pastel enorme.

—¿Por lo que hice?

Tom se recostó en la vieja silla de madera y se quedó mirándolo fijamente. Maldito se encogió de hombros.

—Mira, Chuckie P. no tiene citas. Estaba ayudándolo.

—Has creado una cuenta en eHarmony —intervino Chuck—, y has enviado a mi casa a las mujeres que respondieron. Para que salieran conmigo.

—¿Y qué parte no te ha gustado? —Maldito puso el pulgar hacia arriba—. Creo que hemos alcanzado el objetivo.

—¡Eran mujeres fetichistas!

Tom no estaba al tanto de ese detalle.

—Ehhh... No sabía que había mujeres así en eHarmony.

Maldito negó con la cabeza.

—En realidad puse un anuncio en la Craiglist.

—¡Qué coño...! —Chuck miró al chico—. ¡A través de esa red hay hasta asesinatos!

—Pero sigues respirando. Y no me has respondido a la pregunta: ¿qué te ha pasado con esa pelirroja a la que le gustaba ser sumisa?

—Basta. —Tom se puso la mano en la nuca, recia y musculosa—. Mira, Damian, esto no puedo pasarlo por alto. Van muchas en el último mes.

—Venga, jefe... —Maldito sonrió un poco más, mostrando el canino dorado que se había puesto el mes pasado—. Era solo una broma, y muy práctica. Podría haberse ganado una mamada...

—Chuck, dale una patada en las pelotas, y punto.

Maldito lo miró y se enderezó.

—¿Qué?

—Jefe, te adoro. —Chuck se llevó una mano al pecho, pesado y musculoso, y se la puso justo encima del corazón—. Como líder, como amigo, como ejemplo de buen hacer...

Maldito aplaudió un par de veces.

—En serio, os demandaré. A ti, jefe; a la ciudad, a él, al Cuerpo de bomberos. Existen reglas.

—Oh, es cierto... —Se acercó a la librería y cogió el manual de recursos de la ciudad. Lo abrió y bajó el dedo índice por la tabla de contenidos antes de abrirlo por el medio—. Será mejor que me asegure de seguir el procedimiento; bien..., se supone que antes debo advertirte. —Miró a Maldito—. Damian Reichmann: Chuck Parnesi está a punto de convertirme en soprano. Chuckie, vamos.

—Acéptalo como un hombre, joder. —Chuckie sonrió de la misma forma que Jason en *Viernes 13*—. Además, eso te ayudará a llegar a los tonos altos cuando cantes en la ducha.

El sonido de la alarma fue la señal para dejar a un lado el juego que se traían.

—De vuelta al trabajo —dijo Tom mientras se giraba para revisar la pantalla del ordenador.

—¿Qué hay? —preguntó Chuck.

—Una alarma doble en Harbor con 18th Avenue. Parece que los de la 499 ya están allí.

—¿Es en una de las naves abandonadas? —se interesó Damian.

—Sí. Piden un camión bomba. Id a atender la llamada. Ropes todavía tiene jodido el hombro de la noche pasada...

Vic Rizzo, también conocido como Ropes, irrumpió en el despacho sin llamar. Llevaba el móvil pegado a la oreja y un brazo en cabestrillo.

—Se trata de Anne. Tom, tu hermana está atrapada.

—¿Está sola? ¿Dónde está el resto del equipo? —Se levantó tan bruscamente que derribó la silla.

Más tarde, Anne se preguntaría qué fue exactamente lo que hizo que mirara por encima del hombro. No pudo ser ningún sonido, porque el de su pesada respiración en la máscara ahogaba incluso el rugido del fuego. Y tampoco fue un movimiento, pues no tenía ojos en la parte trasera del casco. Pero un sexto sentido la impulsó a mirar, y se giró sobre el brazo izquierdo. Se encontró con la pared de fuego en la que se había convertido el tablero de aglomerado.

En el centro de las llamas rojas y amarillas, una figura enorme se abría paso entre el material. Parecía tan fuerte que las cosas no se rompían, sino que se convertían en polvo y chispas a su paso.

Y llevaba una motosierra.

Solo había una persona de ese tamaño lo suficientemente loca como para ir a rescatarla con una herramienta que funcionaba con gasolina.

Cuando una parte iluminada del muro cayó sobre el enorme hombro de Danny Maguire, una brasa le golpeó la cabeza y ella miró hacia otro lado cerrando los ojos.

«Gracias a Dios», pensó mientras parpadeaba para aclararse la visión.

—Danny, estoy atrapada. Estoy enganchada... —Al no oír su propia voz por la radio, se dio cuenta de que debía de tenerla estropeada.

Llevó la mano hacia atrás para señalarle cuál era el problema, y él asintió, lo que hizo que la luz de su casco se moviera arriba y abajo. Con un poderoso tirón, Danny puso en marcha la motosierra y se adelantó, empuñando el equipo de doce kilos como si fuera una taza vacía. Él movió el aparato, cuyo agudo sonido se elevó por encima del estruendo, mientras evaluaba la viga de madera que acababa de caer y que era ahora parte de la maraña de escombros. Usando la sierra en un lado, le quitó de encima algo relativamente ligero: un ordenador portátil, o lo que quedaba de él.

El filo y la cadena de la motosierra se movieron a escasos centímetros de la máscara del casco de Anne, pero ella no hizo ni una mueca. Por muy imprudente que pudiera ser aquel hombre en la vida real, era preciso como un cirujano con cualquier herramienta que cortara madera o materiales de construcción.

De repente, una sección de tres por tres metros del techo cayó sobre ellos, y Anne inclinó la cabeza, preparada para el impacto. Cuando no se vio aplastada, lo primero que pensó fue que Danny estaba sosteniendo esa parte del edificio, pero no: la viga que estaba a punto de cortar Danny se encargaba ahora de sujetar la carga y la mantenía a raya.

Pero si cedía, quedarían enterrados.

El motor de la sierra quedó en silencio, y cuando Danny lo dejó a sus pies, Anne pudo notar que él maldecía dentro de la máscara mientras examinaba el desastre. Luego, con un salto con el que podría competir en una prueba de atletismo, le agarró el antebrazo atrapado. Ella asintió mientras se afianzaba sobre las piernas, mirando cómo él inclinaba el ala de su casco.

Uno... Dos... Tres...

Tiraron a la vez, y el dolor le subió por el brazo hasta el hombro, lo que hizo que apretara los dientes para gritar. Cuando no pudo soportarlo ni un segundo más, negó con la cabeza y empujó a Danny con su cuerpo.

Danny la soltó, y miró a su alrededor otra vez. Detrás de la máscara, Anne notó que él movía los labios; estaba hablando por radio, y ella podía adivinar lo que estaba diciendo.

Después de tirar del brazo un par de veces más, Anne soltó una maldición y señaló la pared por la que él había llegado.

—¡Vete! —le gritó desde dentro de la máscara—. ¡Déjame aquí!

Danny se inclinó y la agarró de nuevo por el antebrazo. Lo hizo con tanta presión que ella notó que le crujían los huesos. Cuando se puso a tirar de nuevo con todas sus fuerzas, Anne apretó los dientes y contuvo el aliento todo el tiempo que pudo.

—¡Detente! ¡Para! —Solo se relajó cuando él se detuvo—. Para...

Anne negó con la cabeza y señaló hacia el lugar por el que él había aparecido.

—¡Vete! ¡No puedo! —Empujó el enorme corpachón de Danny con un gemido—. ¡Vete!

Al ver que no conseguía nada, se soltó la máscara y la empujó a un lado. El aire —ardiente y mortal, capaz de quemarle el esófago y abrasarle los pulmones— le cerró la garganta.

—¡Vete!

Danny parecía furioso detrás de la máscara, e intentó colocarle el suministro de oxígeno en su sitio con las manos cubiertas por los guantes.

—¡No! ¡Vete de...!

Un crujido encima de sus cabezas los hizo agacharse de forma instintiva. Cuando las chispas llovieron entre el humo, Anne se incorporó de nuevo.

—¡Vas a morir aquí! ¡Vete!

Danny acercó la cara a la de ella. Estaba enfadado, y se lo hizo saber a pesar del cristal. Durante una fracción de segundo, Anne lo observó como si estuvieran a mucha distancia, a pesar de que solo los separaban unos centímetros.

«Te echaré de menos —pensó—. De todas las personas con las que trabajo, de todas las que conozco..., eres la que más voy a echar de menos».

Danny tiró de su propia máscara.

—¡Ponte el puto oxígeno de nuevo!

—¡Si te quedas vas a morir! —gritó ella.

—¡Te voy a sacar de aquí!

—¡Es muy tarde para mí! ¡Vete!

Como si el fuego se viera excitado por sus gritos, una caliente llamarada estalló junto a ellos, tostándoles la piel de un lado de la cara. Danny maldijo y la obligó ponerse de nuevo la máscara mientras ella seguía gritando; recuperó su propio oxígeno y se inclinó hacia el suelo. Recogió la motosierra, retrocedió un par de pasos y

puso en marcha el motor antes de lanzarla; la sierra atravesó de un lado a otro la pared de fuego, y luego cubrió a Anne con su cuerpo, formando un escudo.

La explosión fue inmediata, y la gasolina del tanque de la sierra sirvió para provocar una explosión que destruyó el aparato. La bomba detonó como un beso ardiente.

Anne volvió a arrancarse la máscara. Él estaba ladrando por la radio, pero ya no quedaba tiempo para hacer planes, ya no podía rescatarla ni salvarla.

—Tienes que irte —le ordenó—. Ahora mismo.

Danny dejó de hablar y la miró mientras se quedaba inmóvil. Luego se quitó también el suministro de oxígeno.

—Entonces, moriremos juntos.

Parecía tan resuelto como ella, como si una fuerza imparable se encontrara con un objeto inamovible. Justo como era siempre entre ellos. Dios, ¿por qué había pensado ella que la cercanía de la muerte cambiaría algo? Danny no se iba a marchar. Entre que había perdido a su hermano en acto de servicio hacía tres años y que Sol había sufrido la misma suerte hacía doce meses, Danny, el hombre que decía «Yo no tengo síndrome de estrés postraumático», no pensaba pasar de nuevo por ese tipo de duelo.

Anne se miró el brazo. Era el izquierdo. No se trataba de la mano con la que escribía. Y no se pensaba casar, así que no le importaba perder el dedo anular.

«Puede ser un corte limpio», pensó.

—Córtame la mano —le dijo por encima del crujido del fuego. Para ayudarlo a entender, se señaló el antebrazo—. Córta-mela.

Los ojos azules de Danny lanzaron llamas capaces de rivalizar con las que los rodeaban mientras negaba con la cabeza antes de mirar de nuevo a su alrededor, evaluando todas las opciones.

Anne soltó las correas de la bombona y dejó que resbalara; luego mordió el guante derecho y lo escupió. Soltó una a una las sujeciones de la chaqueta resistente al fuego y se la quitó de manera que cubriera la muñeca atrapada.

—¡Haz un torniquete!

Mierda, menudo calor. Notaba que la piel se le erizaba, o quizá era la camisa, que se le fundía en los brazos. Pero tenía problemas más acuciantes.

Danny se soltó la máscara y bajó la cara al nivel de la de ella.
—Mira, James Franco, ¡esto no es *57 horas*!
—¡La película es *127 horas*!
—¿En serio te vas a poner a discutir sobre eso ahora mismo?
—Haz algo.
—En eso ando. Estoy pidiendo refuerzos...
—¿Es que quieres matarlos a todos? ¡O te largas o lo haces!
Ella misma se habría ocupado del problema, pero el ángulo de corte tenía que ser el correcto y... ¡Oh, Dios! ¿Estaba loca? ¿Qué estaba diciendo?
—¡Córtame la mano o vete!